LUIS VÉLEZ DE GUEVARA (2018). *LA ROSA DE ALEJANDRÍA. EDICIÓN CRÍTICA Y ANOTADA DE WILLIAM R. MANSON Y C. GEORGE PEALE. ESTUDIO INTRODUCTORIO DE MARÍA ELISA DOMÍNGUEZ DE PAZ*. NEWARK (DELAWARE): JUAN DE LA CUESTA (EDICIONES CRÍTICAS, 92).

Es casi imposible entender el gran éxito que tuvo el teatro comercial del Siglo de Oro si no se conocen bien las comedias de santos, género hoy en día casi olvidado en contraste con la gran cantidad de obras escritas en los siglos XVI, XVII y XVIII y con el aplauso popular de que gozaron entonces. Como señala la autora del Estudio introductorio, María Elisa Domínguez de Paz,

> Estas obras fueron muy del gusto del público, que acudía con entusiasmo a los corrales y teatros para tomar ejemplo del modelo de santidad que se le ofrecía con la escenificación de las vidas de los santos, y también para disfrutar del espectáculo (p. 13).

Que el público acudía para disfrutar del espectáculo es algo que han resaltado todos los estudiosos del género y de otros relacionados con él. Ya Julio Caro Baroja había señalado este aspecto en su fundamental *Teatro popular y magia*, de 1973. Los que iban a oír la comedia, sin duda, apreciaban más los alardes espectaculares y de tramoya que ofrecían estas comedias que la edificación moral que pretendidamente se les ofrecía con ellas. *La rosa de Alejandría*, comedia que dramatiza los episodios más importantes de la vida y martirio de Santa Catalina de Alejandría, no defraudaría al público en cuanto a espectacularidad. Para empezar, aparece en escena nada menos que el mismísimo Cristo, bajando del vestuario en una nube, como expresa la primera acotación:

> *Sin haber cantado, abaje la nube, y descúbrase Cristo, con túnica morada, o colorada, llena de estrellas de plata, los pies descalzos y con llagas, una cruz en la siniestra, una corona de espinas, y descúbrase Santa Catalina, dormida encima de algunos libros abiertos que estarán encima de un bufete, y de adentro cantan, estando todo esto descubierto (p. 101)*

Como es norma en estas comedias, aparecerá, como antagonista, el Diablo, que tomará diversas formas hasta terminar hundiéndose en el profundo tras constatar su fracaso con la santa. Pero donde se llega al punto más alto de espectacularidad será en el martirio de Catalina: la santa aparece *"amarrada a una columna, con una tunicela blanca picada de sangre"* (p. 164) y atada a las ruedas dentadas con las que el cruel Maximino pretende desgarrar sus blancas carnes. Sin embargo, los perversos designios del emperador no llegan a cumplirse, pues *"suena ruido de fuego en las ruedas, y del medio de ellas sale Santa Catalina, con media rueda, y la espada y la corona, como la pintan"*. (p. 176). En un final apoteósico, la santa sube con todos sus atributos (seguramente en una nube), y *"aparece Cristo en un trono, adonde Catalina va subiendo"* (p. 176).

Ahora bien, además de esta utilización de la tramoya propia del edificio del vestuario, Vélez de Guevara se muestra habilísimo en el uso del propio corral para conseguir escenas de gran efecto. En el momento de la controversia de los filósofos contra Catalina, el patio de los mosqueteros se convierte en lugar de la acción mediante un palenque que lo atraviesa para conseguir un espectacular desfile de personajes, entre serios y burlescos:

> *Éntrense, y toquen chirimías, y salgan por un palenque que esté arrimado a los bancos Dos Maceros delante, descubiertos, y luego los que pudieren salir de dotores, con capirotes, bonetes y borlas, y Armindo, sin sombrero, y en una fuente el bonete y borla azul para Catalina, y luego Briseis, y en medio de Maximino y Heraclio, Catalina, con saya entera, y falda arrastrando, y lechuguilla, y debajo de ella, su capirote forrado en raso azul, y entre los Dos Maceros, Lupino, de estudiante gracioso, capirote de papel y bonete con borla de papel, y al son de las chirimías se irán entrando, y al mismo tiempo se va Lupino subiendo en la cátedra, y esté sosegado todo (p. 148).*

La comedia, en fin, ofrece numerosos puntos de interés, además de una intriga dramática, "nada desdeñable", en opinión de la profesora

Domínguez de Paz. Vélez de Guevara, con su reconocido olfato para captar la atención del público, llena la hagiografía de tramas secundarias, como el amor desesperado de Heraclio por Catalina, o las historias de los rústicos Tirrena y Lupino, figuras del donaire que protagonizan varios momentos de alta comicidad.

La rosa de Alejandría está muy bien editada y anotada por los profesores William R. Manson y C. George Peale, a quienes debemos la recuperación crítica de prácticamente toda la obra de Luis Vélez de Guevara, pues con esta son casi cincuenta las comedias de este autor (además de las que están en preparación) publicadas por ellos en edición crítica. Es un deber de gratitud el reconocer la gran labor de hispanistas como Manson y Peale en la recuperación de nuestro patrimonio teatral, tantas veces olvidado o menospreciado en España. Y no menos habría que resaltar la labor de una editorial radicada en Newark, en el estado de Delaware, en Estados Unidos, que responde al nombre de Juan de la Cuesta, en homenaje al primer editor del Quijote, y que lleva adelante desde hace años la edición de textos clásicos españoles. A todos ellos nuestro más sincero reconocimiento.

Fernando Doménech